

Encendió la bujía. Una idea fija le atormentaba: ¡ su hijo ! Saltó de la cama, tomó la luz, abrió la puerta y salió del aposento. Atravesó el ambulatorio desierto y obscuro, sin darse cuenta del viento frío que le azotaba el rostro y hacía vacilar la llama de la bujía.

Llegó á la estancia de su hijo, y anduvo de puntillas hacia la cuna, con el rostro tan pálido y trastornado como si acabase de cometer un crimen. Levantó las cortinas lleno de emoción, y se inclinó para dar un beso á la adorada criatura.

Pero sintiéndola rígida y helada, lanzó un grito desgarrador y cayó al suelo como herido de rayo.

¡ El niño estaba muerto !



EN DILIGENCIA.



I

A las tres de la mañana llamó á la puerta de mi cuarto el mozo del hotel con fuertes golpes y gritando con apremio:

— ¡Ya es hora!

Echéme á cuestras el vestido á toda prisa, entre grandes bostezos y dándome al diablo porque el administrador de las diligencias hiciese salir tan temprano el vehículo; y pocos momentos después abrí la puerta de mi habitación, y me dirigí al comedor á tomar algún refrigerio.

Cuando bajé al zaguán, estaba listo el carruaje. Los tres tiros de mulas hallábanse ya enganchados; el cochero ocupaba su puesto en el alto pescante, y empuñaba con mano

firme el abundante manojó de las mugrosas riendas; el *sota* tenía por la brida el par de mulas delanteras para impedir que partieran antes de tiempo; y dos mozos alumbraban la escena con otras tantas gruesas y recinosas hachas, que despedían tanta luz como chispas y espeso humo. Todavía salieron algunas maletas del despacho del administrador, que fueron adicionadas á la henchida zaga ó al abultado techo del carruaje. La máquina estaba materialmente atestada de carga: en la covacha, en el pescante, en la parte superior, en el interior, debajo de los asientos, y aun en el espacio destinado á los pies de los viajeros, por donde quiera había maletas. Concluidos los preparativos, llegó el momento de ocupar nuestros sitios, y lo hicimos los pasajeros con resignación de mártires.

La diligencia se llenó en pocos momentos. ¡Eramos once pasajeros! Sólo un asiento quedó desocupado en la banqueta de en medio, donde no hay más apoyo para la espalda del paciente, que una movable correa que empuja, cede y aporrea como instrumento de inquisición. Afortunadamente para mí, había podido escojer con tiempo un buen

número en la banqueta delantera, junto á la ventanilla; así es que relativamente quedó bien instalado.

—¿No falta ningún pasajero?—preguntó una voz en la puerta de la posada.

--Ninguno, repuso el *sota*.

No contento con la respuesta el administrador, que era un español de muy mal genio, subió al estribo de la diligencia, y nos echó al rostro la luz de la linterna que en la mano llevaba.

--Está bien--dijo bajando del estribo--; en marcha!

Sonaron las cadenas de los tiros, rechinó la pesada máquina, vaciló un momento sobre las duras sopandas, hizo el cochero chasquear su látigo descomunal y nos pusimos en movimiento. La diligencia salió con rapidez vertiginosa, haciendo furioso estruendo en el empedrado, y turbando el sueño de los buenos habitantes de Querétaro. Quien la hubiera visto animada de aquella velocidad, habría creído que poca ventaja podría sacarle el vapor; no así yo, que estaba en el secreto, y sabía por experiencia que tales vehículos son rápidos en las poblaciones y tardos en despoblado.

Habríamos andado dos ó tres cuabras, cuando se paró el carruaje con grandes gemidos del garrote. Era que llegaba una pasajera retrasada. Abrióse la portezuela y entró la persona, la cual, á juzgar por su silueta, era una dama de buena condición. No pude resistir al deseo de cederle mi cómodo asiento, pues me parecía impropio dejarla ocupar el único que había disponible en el vehículo, y que á decir verdad, era el peor de todos.

—Puede vd. ocupar este sitio, la dije.

—Pero ¡cómo! contestó resistiendo débilmente; irá vd. muy incómodo.

—No importa; estoy acostumbrado.

Aceptó la dama, y me instalé en el maldecido asiento central. Mis adláteres eran hombres de buenas carnes; así es que tuve que entrar en el sitio como cuña, haciéndolos murmurar con desagrado. Maletitas, sacos y cajoncitos sembraban el piso de la diligencia; con trabajo logré acomodarme de manera de tener donde apoyar un pie.

Tornó á sonar el látigo y partió de nuevo el carruaje, haciéndonos saltar como pelotas chazadas y rechazadas por mano vigorosa. Así nos acomodamos mejor, amoldándonos

mútuamente por la fuerza de la presión y después de haber golpeado el techo con la mollera, y de habernos tumbado varias veces los unos sobre los otros.

Llegamos al campo y allí se acabaron los bríos de las mulas. Proseguimos la marcha lenta y penosa, llena de duras sacudidas y de estridentes rechinidos del armatoste. Al subir las pequeñas eminencias, la lentitud era imponderable; muy luego el carruaje se despeñaba en alguna depresión del terreno con terrible fracaso, como si en la caída se hubiese desarticulado y nosotros nos hubiésemos hecho pedazos los huesos. Pasado breve instante, como de estupor, continuaba la marcha con la misma dureza de sacudidas é idénticos gemidos del garrote y de los ejes.

La pereza de los movimientos, la monotonía de los ruidos, la obscuridad y lo temprano de la hora, nos traían silenciosos y aletargados. Por mi parte, duermo como un lirón en esos majestuosos vehículos; así que muy á poco me sumí en sabroso sopor, y dejé á mi cabeza hacer todo género de evoluciones, pendiente de mi cuello laxo. La elástica correa me lanzaba hacia adelante

como á la piedra la honda; medio despertaba sobre los cuerpos de los pasajeros de enfrente, pedía mil perdones, me esperezaba, maldecía mi sueño, y poco después no sabía ya de mí, y tornaba á vagar por los limbos indecisos de Morfeo.

Así pasaron las horas, hasta que comenzó á clarear el día. A la salida del sol sopló un vientecillo fresco, que destempló el cuerpo de los trasnochadores; todos nos abrigamos como pudimos, acomodándonos en nuestros asientos, y procuramos tener alguna compostura. No era hora ya de roncar, porque había luz y teníamos la conciencia de hacer mala figura dormidos. Por otra parte, era forzoso echarnos un vistazo, para poder responder á la pregunta *¿ubinam gentium sumus?* ¿entre qué gentes estamos?

II

La inspección ocular--vulgo *vista de ojos* entre tinterillos--me dió por resultado observar lo siguiente: un matrimonio compuesto de papá, mamá y dos niños á la espalda; al frente, la compañera retardada,

dos alemanes y un eclesiástico; en la hilera de la correa, un caballero gordo á mi lado, un viejo militar junto á una portezuela y un caballero distinguido junto á la otra.

La compañera retardada era una joven como de veinte años, elegantemente vestida; con guantes, sombrero y velillo de crespón, que se echaba sobre el rostro cuando se levantaba polvo en la carretera. Era lo que puede llamarse una guapa moza; tipo mexicano, gracioso y zalamero. Cara redonda, fresca y llena de picardía, nariz pequeña, boca irreprochable, con dientes menudos y deslumbrantes de blancura; ojos negros y habladores, de esos que al mirar parece que son siempre intencionados y hacen confianzas; mano breve, cintura delgada, busto enérgico; en fin, una mujer enloquecedora.

Frente á ella se ostentaba el caballero distinguido de que he hablado, hombre de unos treinta años, de barba castaña partida á la Maximiliano, peinado á la Capoul, camisa de color, guantes y cobre-polvo. Era un buen mozo.

El mudo examen duró algunos momentos. Todos nos mirábamos en silencio, encontrándose nuestros ojos á cada paso por los

ámbitos del carruaje. Conocido el terreno, la joven á quien había cedido mi asiento, vino á ser el punto de convergencia de las miradas de los hombres, con excepción del viejo militar, porque no estaba ya para chicleos amorosos, y del humilde eclesiástico (indio lampiño como la palma de la mano y moreno como un bollo de chocolate), por razón de su ministerio. A excepción de estos ministros, uno de paz y otro de guerra, los demás individuos de mi sexo que venían empacados en el vehículo, no perdían de vista á la hermosa, incluso el papá de los niños, á quien se le alegraban los ojos y que echaba también su cuarto á espadas en aquel general embobamiento. Varias veces le sorprendí buscando por entre las movibles cabezas que tenía delante, intersticios por donde pudiesen caer sus rayos visuales.

Por entendido que yo también me dejaba llevar del torrente, procurando no perder de vista el lindo palmito.

Así quedó entablada silenciosa competencia entre los varones, y no hubo quien durmiera— salvo los ministros de paz y de guerra, que lo siguieron haciendo á maravilla.

Un alemán rompió el fuego, diciendo con

la voz atiplada que emplea la raza germánica para hablar nuestro idioma:

--¿Incomodo á usted, señorita?

--No señor, repuso la joven.

--Estas diligencias son muy estrechas, prosiguió el caballero de la barba á la Maximiliano; es atroz meter aquí doce personas.

--Afortunadamente el ferrocarril llega ya á Huehuetoca, continuó el alemán.

--¡ Con qué gusto quemaría yo estos viejos coches tan luego como tuviésemos trenes de vapor!—saltó el otro alemán, inclinando la cabeza para ver á la joven.

--Yo quemaría con más gusto á los empresarios de diligencias, agregó el de la barba.

Sonrió la joven, y el caballero buen mozo, estimulado, se dió á decir pestes de las casas de posada, sacando á relucir los lugares comunes conocidos: que la comida era en ellas insoportable, que las camas no estaban limpias, que la paga era excesiva, que los administradores eran unos Nerones, y otras cosas por el estilo, si bien ciertas, fastidiosas de puro sabidas. Roto el hielo, todos tomamos parte en la conversación, refiriendo alguna escena interesante que echara por tierra el crédito de los hoteles de diligen-

cias y procurando hacer sonreír á la joven, que hablaba poco, y sólo tomaba parte en la conversaci3n con los ojos.

Gradualmente fué esta adoptando nuevos giros: se habló de política, de la inseguridad de los caminos, y de lances de ladrones. Mi adlátere el caballero gordo, era un arsenal viviente de conocimientos ladronesco; al tocar el punto de los asaltos, se llevó la palma del triunfo, refiriendo varios de ellos en que se había hallado, y aun señalándonos los sitios donde se habían efectuado en el mismo camino que recorríamos. Esto produjo cierto malestar en el auditorio; por fortuna el joven de la barba, que era un delicioso sofista, se dió á defender á los ladrones, diciendo que no sabían lo que hacían, que robaban por ignorancia, y que los gobiernos eran los verdaderos responsables de sus fechorías. Nadie le replicó, y visto que la compañera de viaje no se interesaba en la tesis, tomó un tema literario para ejercitar la palabra. Perteneía á la escuela naturalista, y proclamaba la muerte próxima é ignominiosa del clasicismo y del romanticismo. Aquí fué donde entramos aquel buen mozo y yo en batalla descomunal.

—El naturalismo, díjeme por contrariarle, es la corrupci3n de la literatura.

—No señor, me replicó con viveza, es la eflorescencia de un arte nuevo; el verdadero y digno de cultivo.

Acto contínuo bosquejó su credo literario, poniendo por los suelos á los genios más renombrados de la época, y declarando que los mejores escritores de los tiempos modernos eran Balzac, Flaubert y Zolá.

¡No había más literatura que la naturalista, y Zolá era su profeta!

Le repliqué como pude, aunque no tenía la verba tan fácil como él. El auditorio callaba y nos oía con atención. La joven se interesaba visiblemente en el debate; esto nos alentaba y daba mayor esfuerzo. ¿Cuál sería la opini3n de ella? Por fin abrió la boca de grana, y expuso su teoría.

¡Era romántica! ¡Romántica con aquella robustez y con aquellos colores! No cabía duda: ¡lo era! ¡oh gioja! Furibunda lectora de novelas, parecía haber devorado cuantas se han escrito en español, francés é inglés, pues hablaba también estos dos últimos idiomas; y á manera de Don Quijote, las noches de no dormir y los días de no comer, habían-

la debilitado el cerebro. Tan precioso descubrimiento me hizo ver su talón vulnerable—por supuesto que hablo en sentido figurado, y refiriéndome al de Aquiles—que me sirvió de punto de orientación. Convertíme en defensor del sentimentalismo, en poeta llorón de los años de 30 á 40; no me hacía falta mas que la melena de la época. El joven de la barba partida pretendió combatirme; pero Elisa—tal era el dulce nombre de nuestra compañera de viaje—se declaró en favor de mis teorías. Desde aquél momento establecióse entre ella y yo una corriente simpática de ideas y sentimientos, que atravesaba por entre el joven de la barba, el caballero gordó, los alemanes y el casado infiel, tan visible como elocuente, convirtiéndolos en simples comparsas de la escena. ¡No había en toda la diligencia quien entendiera á aquella joven sensible, aparte de un servidor de ustedes!

Elisa era sonorense, habíase educado en un colegio de los Estados Unidos y era lo que se llama un *esprit degagé*, con mezcla de puerilidad americana. ¡Qué de elementos de fácil explotación una vez conocidos!

En verdad que si me hubiera encontrado

en la piel suave de Elisa, habría preferido con mis atenciones al joven de la barba. Realmente me reconocía inferior á él en todo y por todo; y me lo confesaba interiormente con no poca pesadumbre. Pero ella no parecía parar mientes en ello, pues á pesar de mis incorrectas facciones y poco lujo en el vestir, fijaba en mí los ojos con mayor insistencia que en mi competidor. Este, despechado, acabó por entrar en silencio fingiendo dormir, y con rostro displicente.

La derrota se declaró así en todas las filas. Los alemanes, el señor gordó, el venerable papá, todos reconocieron que la lucha estaba concluida, y cesaron de empeñarse en el combate. Entonces me convencí de que la mujer carece de sentido estético, y de que abandonada á sí misma, es como el ciego que se dirige sistemáticamente á estrellarse la nariz contra las paredes, ó á echarse de cabeza en los pozos. Gústale parecer abnegada, y sin duda por esto escoje lo peor á la continua: entre el cojo y el de piernas sanas, se decide por el cojo; entre el pobre y el rico, por el pobre; entre el buen mozo y el feo, por el feo; entre el inteligente y el tonto, por el tonto. En su sublime desinterés,

toma siempre el partido del débil. Ahora me tocó ser rebijado por su magnanimidad, y bendije mi inferioridad por lo pronto, pues que constituía mi superioridad sobre mis colegas. Así se trastornan alegremente los polos de las cosas; el principio de contradicción desaparece y la lógica sale derrotada. *¡Lo bello es lo feo*, como ha dicho Víctor Hugo!

Si quisiera explicar este fenómeno, diría que tal inclinación de la mujer á lo menos bueno ó á lo malo, no es mas que el desarrollo de su naturaleza. Nació para el sacrificio; la maternidad, la crianza de los niños, el tomar puntos á las medias, ¿qué otra cosa son si no otras tantas penas? Sienten que han nacido conformadas para el heroísmo, y necesitan para vivir someterse á privaciones y pesares. Por eso les seduce el tipo de Tenorio, porque Tenorio es su azote; por eso se casan con los miserables que no pueden darles de comer, y con los borrachos que les pegan. ¿Quién duda que en su mismo sufrimiento hallan su delicia? Nosotros los hombres, espíritus positivistas é inferiores, procuramos colocarnos lo mejor que podemos, y nos peleamos por las más guapas,

por las más dulces, por las más ricas, por las más buenas; confesemos nuestro prosaísmo en presencia de su desinterés celeste.

Sea de esto lo que fuere, el caso es que Elisa y yo continuamos entendiéndonos mejor y mejor á cada instante. En la diligencia marchan las cosas de prisa; por supuesto que en cuanto al trato de los viajeros, y no por lo que mira al viaje. A poco andar, todos se han referido su historia, dando detalles sobre su patria, estado, profesión, familia, y motivo de la expedición; y en tales preliminares se basan los conocimientos y amistades de los compañeros en aquella cárcel incómoda y ambulante. Así fué como supe, obra del medio día, además de lo que dejo apuntado, que Elisa tenía veintiún años, que iba á Méjico á reunirse con su familia, y viajaba sola porque estaba acostumbrada á ello desde su más tierna juventud, en virtud de su educación ayancada. Me llegó mi turno, y hablé de mí mismo, refiriendo algo de mis expediciones ultramarinas, teniendo la satisfacción de despertar vivo interés en la joven. Al saber que yo también hablaba francés y un poco de inglés, se manifestó complacida, y continuamos enten-

diéndonos de vez en cuando en estos idiomas, sin ser comprendidos por el auditorio, con excepción tal vez del caballero de la barba, que seguía fingiéndose dormido.

—¡Qué felicidad! la dije, de haberme encontrado con usted, señorita.

—¡Por qué, señor? repuso aparentando no comprenderme.

—Porque es usted adorable.

—Usted es muy amable, contestó ruborizándose.

—Soy sincero.

—Verdaderamente, agregó; me parece usted franco y natural.

Por éste tenor eran á cada paso nuestros diálogos. Cuando callábamos, seguían hablando nuestros ojos. ¡Qué miradas, lector, y qué sonrisas! Todos me veían con envidia, en tanto que ella no hacía aprecio de nadie mas que de mí. Tácitamente convenimos en ser compañeros inseparables. En las postas, dábale la mano para ayudarla á bajar del carruaje, y se tomaba de mi brazo para andar un poco á pie, y estirar las piernas. A la hora del almuerzo nos sentamos juntos á la mesa; le serví los platos y me distinguió con exquisitas atenciones. Me

sentía radiante de alegría, de felicidad y de orgullo. Lo mismo te habría pasado á tí, querido lector, si te hubiera tocado, como á mí, aquel premio gordo de la lotería.

III

Aun no terminaba la comida, cuando se presentó el *sota* gritando:

—¡Vámonos, señores!

A regañadientes y protestando contra tan dura tiranía, nos levantamos para volver á nuestros incómodos asientos. La reciente comida y el calor del medio día habían tornado más gruesos los cuerpos, aumentando el malestar general. No obstante, apenas comenzó la marcha, se notó que reinaba buen humor entre los pasajeros, porque todos, sin exceptuar al mismo sacerdote, se mostraron locuaces; tan cierto es así que la alimentación regocija hasta los corazones más tímicos.

Elisa misma parecía más expansiva, y aun tuvo un rato de afable conversación con el caballero de la barba, lo que me hizo ponerme hosco y taciturno, pues á fuer de moro,